

¿PUEDE EL HOMBRE ALCANZAR LA PAZ MUNDIAL?

Por el Dr. Salvador Iglesias



DESDE hace casi dos mil años, resuena un mensaje celestial que las generaciones pasadas han menospreciado o ignorado culpablemente: ¡“Gloria a Dios en las alturas y en la tierra al hombre paz”! Ese escueto mensaje invita a glorificar a Dios, creador de todo lo existente. ¡Cuántos ignoran a ese Dios omnipotente y hasta tratan de borrar su nombre de la faz de la tierra! Inútilmente, porque como dice el salmista: “Los cielos pregonan la gloria de Dios”. Sin embargo, hay en ese mensaje divino una promesa para el corazón angustiado del hombre de todos los tiempos: “Paz en la tierra para el hombre”, ese mismo ser que fue como el lobo para sus semejantes; ese monstruo consciente que mató al manso Abel; ese bárbaro que sembró la muerte y destrucción de hombres, ciudades, campos y hasta rebaños de animales domésticos, al arruinar Imperios y retardar el proceso de la expansión de la ciencia y la cultura; ese que produjo los más grandes inventos para ponerlos todos al servicio de la destrucción y muerte de sus semejantes, los cuales subsisten angustiados y temerosos ante una posible hecatombe atómica,

que destruya el planeta nuestro o lo convierta en un desierto de vivos, marcados todos con el sello de la muerte, que los consume día tras día; ése que, bajo el imperativo de una ideología o una mera consigna, instituye la violencia como su norma de vida para asaltar bancos, destruir fábricas, secuestrar ciudadanos, ocupar misiones diplomáticas; y, en fin, para extender la inseguridad y el terror en el campo, en la ciudad, en un país, en un continente, en el Mundo entero.

Ante este panorama que todos conocemos nos preguntamos los hombres de hoy: ¿Puede el hombre alcanzar la paz mundial? La respuesta a esa interrogación es la motivación de esta intervención mía, en este evento rotatorio que congrega a esta pléyade de hombres de todo el país y del exterior, unidos por el espíritu de servicio a la comunidad, que es la mejor forma de “amar al prójimo como a nosotros mismos” conforme al espíritu del Cristianismo.

La paz mundial exige a gritos: 1- La buena voluntad del hombre. 2- El pleno reinado de la justicia y 3- El amor al prójimo. Sobre estos tres aspectos versará mi breve disertación, la cual aspira a demostrar que, felizmente, es posible alcanzar la paz mundial que todos anhelamos gozar para nosotros, nuestros hijos, nietos y todos nuestros semejantes.

I— LA BUENA VOLUNTAD

Ese actor magnífico que vive usufructuando los dones todos de la naturaleza y transformando su mundo, mediante las facilidades de la vida diaria y el acercamiento de los hombres, gracias a los medios de comunicación social y al perfeccionamiento de los medios de transportación; ese hombre realiza su noble y delicada misión gracias a su inteligencia y al poder admirable de la voluntad, motor infatigable de la acción constructiva del ser humano.

Ahora bien, el hombre normal, por su naturaleza misma, es dueño de sus actos, por lo cual hay acciones buenas y malas; así como hombres, condicionados por actos, en una u otra dirección moral, cuando la voluntad pierde su Norte, es decir, el

Bien, tanto para sí, como para la comunidad.

Muchas son las tentaciones y reclamos que apartan de su fin natural al hombre.

El orgullo que un día cegara nuestros primeros Padres, ciega a más de un hombre en el curso de su vida.

La ambición desmedida de los bienes materiales hace de más de un hombre un patrono sin conciencia de la función social del capital y convierte algunos obreros en seres insaciables que crean más y más aparentes necesidades originadas por el vicio y la degradación. El ansia de poder y mando en el orden político hace de un gobernante, en cualquier nivel de mando, una bestia sanguinaria que suprime vidas, priva de la libertad, pisotea los derechos humanos todos, hasta enseñorearse del poder y del mando absolutos.

Las pasiones del hombre, que deberían ser otros tantos instrumentos al servicio de la voluntad, la dominan en el camino del diario vivir más de una vez para que las acciones humanas se conviertan en delitos pasionales, que si bien tienen alguna causa atenuante, no es menos cierto que perturban la tranquilidad y tronchan la felicidad de un ser humano, de una pareja, de una familia toda y hasta de más de una comunidad.

La buena voluntad recta en obrar, hace a su dueño feliz y contribuye a la felicidad de los demás. ¡La paz, señores, es uno de los frutos más apreciados de la recta voluntad que se convierte en bondad!

II— EL REINADO DE LA JUSTICIA

Uno de esos poemas bíblicos que llaman salmos dice: “La Justicia y la paz se besaron”. ¡Tal vez ese fue el motivo que inspiró a ese gran dominicano llamado Adolfo Alejandro Nouel a poner como lema de su escudo arzobispal las palabras “Justitia et Pax”! Pienso que el gran prelado veía proféticamente venir sobre la humanidad el flagelo de la Primera Guerra Mundial y sobre el país la pérdida de su soberanía, pisoteada por las fuerzas invasoras del “Coloso del Norte”. El mundo moderno vive una hora del reinado de la injusticia que divide a los hombres

entre opresores y oprimidos. Entre los primeros, priva el dinero, el poder, la violencia; los segundos se caracterizan por la miseria que los agobia, la continua subordinación a la voluntad más fuerte y a la violencia misma del opresor.

La justicia requerida exige más austeridad en la vida de los opresores que viven en lujosas mansiones, tienen vehículos grandes y costosos, derrochan dinero en suntuosas fiestas para reducidos grupos, gastan en colegios caros, no sólo en el país sino también en el exterior; el ropero del opresor tiene ropa para cubrir la desnudez vergonzante de muchos oprimidos; las sumas depositadas en el exterior, en bancos extranjeros, y aun las puestas a plazos fijos en el país mismo, espantan por las cifras que tienen; la posesión de latifundios y grandes terrenos apenas explotados, pero que sólo esperan comprador que pague los precios exigidos, obligan a pensar en tanto minifundio inoperante y en esa inmensa mayoría de campesinos sin tierra, más o menos remotas, de nuestros mayores centros de población, que crecen día tras día al extenderse los "cinturones de miseria" que los circundan.

Ofende a la justicia social la forma de mercadeo de muchos productos del agro que pasan por muchas manos intermediarias antes de llegar al explotado consumidor. Con el agravante que los beneficios de los intermediarios, son mayores que los del campesino que puso su sudor y sembró su esperanzadora semilla en el surco de su pequeña o mediana parcela.

La vivienda urbana es otra fuente de injusticia porque es, las más de las veces, alquilada, pagándose por los alquileres una suma que sobrepasa en mucho la correspondiente a los beneficios legales que debería devengar el capital invertido en la vivienda misma.

El capital invertido en industrias o empresas comerciales comete injusticia cuando forma "compañías fantasmas" que vienen a ser, prácticamente, gigantescos monopolios o pequeños pulpos, que chupan ganancias enormes a plazos mínimos y cubiertos de todo riesgo; contribuyendo las unas y los otros determinantes causas para el alza inhumana del costo de la vida, que se hace inasequible para las clases sociales más necesitadas.

El subterfugio de cambiar la empleomanía antes de cumplir tres meses para privar al obrero de sus prestaciones sociales, no se justifica volviéndolo a contratar nuevamente para usufructuar así el único bien de que dispone, su trabajo; a fin de que pase el tiempo útil de formar una familia bien alimentada y convenientemente educada.

Injusticia es traer a la joven campesina a la ciudad para tenerla en los quehaceres domésticos, sin otra remuneración que la comida, el techo y alguno que otro peso para ir al cine, porque recibe ropa y zapatos viejos tanto para ella como para sus parientes del agro lejano.

Injusticia que raya en inmoralidad, es hacer de dicha doméstica el objeto de la satisfacción sexual del adolescente de la casa, a fin de que no se contamine con la carne de prostíbulo, aunque incurra en paternidad irresponsable con un hijo que se cría y mal educa en un campo discreto. Pero, si a esa infamia se añade el compensarla con el usufructo de un pedazo de tierra y un modesto "bohío" del área rural, entonces, la vergüenza de la paternidad irresponsable, es la injusticia engendrada por el machismo dominicano, existente en todos los niveles socio-económicos de nuestra sociedad.

Sin hacer una guerra sistemática a la injusticia, en todos y cada uno de sus ocultos reductos, no tendremos hombres justos, que son los pilares sólidos para alcanzar un Mundo que viva y goce de la Paz.

III – AMOR AL PROJIMO

No hace mucho tiempo balas terroristas troncharon la vida de un prelado católico en el manso seno de una capilla, llena de fieles que oraban por una difunta. ¡El que troncha una vida no ama a su prójimo como a sí mismo!

El que vive del vicio: prostitución, alcoholismo, drogadicción, etc., no ama a su prójimo, porque lo convierte en una cosa que produce beneficio, al venderle el objeto que satisface la debilidad de un esclavo, a fin de llenar los insaciables bolsillos del explotador inmisericorde.

El usurero que presta al 20 por ciento mensual, quincenal

y hasta semanal, es un pulpo feroz que chupa sin cesar el fruto del trabajo diario de su infeliz cliente, que es un prójimo estrujado, pisoteado, y bárbaramente explotado.

El que niega abrigo al desnudo, un mendrugo de pan al hambriento, un vaso de agua al sediento, ése no ama a su prójimo, que es imagen de Dios mismo.

El que permite a su lado que el analfabeto viva en la ignorancia, causa de la miseria, la enfermedad y hasta la muerte misma, olvida a su prójimo que es otro yo, pero dolorido y triste e incapaz de valerse por sí mismo, sino por un explotador, con la culpable complicidad del indiferente.

El que trafica con la educación, ya sea usando el magisterio como de un trampolín para mejores cargos, ya vendiendo la enseñanza a precios de explotación, no ama a su prójimo, que en este caso es un progenitor explotado o un niño hecho objeto del más vil comercio o mero peldaño para subir a otra posición más elevada y rica.

El que usa los medios de comunicación social, sólo como un instrumento que distorsiona la verdad, no ama a su prójimo, que debe buscar el bien propio y de su comunidad mediante la verdad, plenamente conocida y compartida.

El prójimo es el hombre encumbrado en altas posiciones políticas, sociales, académicas y hasta recreativas, porque más de una vez es criticado en sus acciones y omisiones, no con el deseo de contribuir al mayor provecho de la comunidad, sino para destruir la imagen de esos hombres o, cuando menos, para empañarla ante sus contemporáneos.

El prójimo es el que hiere nuestro cuerpo, ofende nuestros sentimientos, perjudica nuestra buena reputación, en fin, abate nuestro espíritu con la difamación o la calumnia.

El prójimo, es en fin, ese otro yo, que se une en estrecho y cordial abrazo con el nuestro, hasta formar un sublime "nosotros", que perdura en el tiempo y el espacio. ¡Toda persona humana, cual que sea su nivel intelectual y cultural, su ideología política, su creencia religiosa, su posición económica y social o su condición étnica; como persona humana, es nuestro prójimo!

¡En todas sus variantes, el prójimo se ha de amar como imagen de Dios; y amarse, según el precepto bíblico, “como nos amamos a nosotros mismos”!

Nuestro convulso Mundo para lograr alcanzar la paz a que todos aspiramos, lo hemos visto ya, debe reposar sobre la buena voluntad de los hombres todos; hundir sus raíces en el orden del pleno reinado de la justicia y, finalmente, levantarse hasta el cielo sobre el trono de amor al prójimo. Sólo así se ama verdaderamente a Dios; y en la armonía infinita de Dios, reina radiante, bella y deslumbrante la verdadera paz. ¡Esa paz que nuestro Mundo anhela alcanzar para la felicidad del hombre, para la estabilidad de la Humanidad toda y para la supervivencia de la ciencia y la cultura, sometidas ambas al servicio del que trasciende todo lo terrenal, hasta llegar a morar y participar en el seno de la verdad, de la justicia y del amor, fundidos en la esencia misma de Dios!

Concluyo, pidiendo a los rotarios todos, en su condición de servidores de la comunidad, que se constituyan en abanderados y servidores de la causa de la paz mundial, tornándose en otros tantos hombres de buena voluntad, hombres justos y hombres que aman a su prójimo, a fin de que, unidos por estas condiciones, logremos el Mundo de la verdadera Paz.

Charla leída el sábado 26 de abril, en el teatro de la UCMM, de Santiago; con motivo de la celebración de la “XXXIV Conferencia Rotaria, del Distrito 406.”